

de Corleone-lodge, y las demencias de Josiana, que dicho lord Fernanlecho, con Charlie, llamado hasta hoy Gwynimmeraine, sea vuestro esposo y os casareis con él, porque esta es nuestra voluntad real."

Mientras el volatinero leía, cambiando de entonación casi á cada palabra, la duquesa, erguida en el canapé, escuchaba, con los ojos fijos en el lector. Cuando Gwynplaine terminó la lectura de la carta, ella se la arrancó de las manos.

—ANA, REINA, dijo la duquesa leyendo la firma con particular entonación. Recogió del suelo el pergamino que habia arrojado á él y le leyó para sí. Era la declaración de los naufragos de la *Matutina*, copiada en un proceso verbal, firmado por el sheriff de Southwark y por el lord-canciller.

Cuando terminó la lectura del proceso verbal, releyó el mensaje de la reina; despues exclamó:

—Sea!

Y con calma, señalando con el dedo á Gwynplaine la puerta de la galería por la que entró, le dijo:

—Salid!

Gwynplaine quedó petrificado y permaneció inmóvil.

La duquesa, con acento glacial, repuso:

—Ya que sois mi marido, salid.

Gwynplaine, sin poder articular palabra, con los ojos inclinados al suelo como un culpable, no se movía.

La gran señora añadió:

—No teneis derecho para estar aquí. Este es el sitio de mi amante.

Gwynplaine continuaba clavado en tierra.

—Pues bien, dijo Josiana. Si no os vais, me iré yo. Sois mi marido, ¡tanto mejor! Os odio.

Levantóse, y lanzando á no sé quién en el espacio un altivo gesto de adios, salió de la cámara.

El portier de la galería se cerró tras ella.

V.

Nos reconocemos, pero no nos conocemos.

Gwynplaine quedó solo, solo ante la pila de baño tibio y ante la cama deshecha.

La pulverización de sus ideas llegó á su colmo. Lo que pensaba no tenía la realidad del pensamiento; era una difusión, una dispersión, la angustia de en-

contrarse en lo incomprensible. Había en él algo semejante al ¡sálvese el que pueda! de un sueño.

La entrada en mundos incomprensibles no es cosa muy sencilla. Desde la carta de la duquesa que le entregó el *groom*, una serie de sucesos sorprendentes pasaban ante Gwynplaine, cada vez menos inteligibles. Hasta este instante soñaba, pero veía claro; desde ahora andaba á tientas. Ya no pensaba, ni soñaba; sufría.

Gwynplaine se quedó sentado en el canapé, en el mismo sitio en que la duquesa le dejó.

De repente oyó en la oscuridad ruido de pasos de hombre; esos pasos venían de la parte opuesta á la galería por donde salió la duquesa, y se aproximaban. Gwynplaine, á pesar de su absorción, les prestó oído.

Súbitamente, á la parte de allá de la cortina de tela de plata, que la duquesa dejó entreabierta, detrás de la cama, la puerta que era fácil sospechar que existía tras el espejo se abrió del todo, y una voz masculina y alegre, cantando, lanzó hasta la cámara de los espejos el estribillo de una antigua canción francesa:

Trois petits goret sur leur fumier

Juráient comme des porteurs de chaise (1).

Entró un hombre que llevaba espada al cinto y en la mano un sombrero con plumas, con cordoncillo y escarapela, y que vestía traje de marino, galoneado.

Gwynplaine se levantó al verle, como si un resorte le hubiera puesto en pié. Reconoció al que entraba y éste también á él; de los dos hombres, estupefactos, se escapó al mismo tiempo este grito:

—Gwynplaine!

—Tom-Jim-Jack!

El hombre del sombrero de plumas se acercó á Gwynplaine, que cruzó los brazos.

—Cómo estás aquí, Gwynplaine? le preguntó.

—Y tú á qué vienes? le interrogó á su vez el volatinero.

—Ah, ya comprendo! ¡Será un capricho de Josiana!... ¡No habrá podido resistir á la tentación de un saltimbanqui que es un monstruo! Te disfrazas para venir aquí, Gwynplaine.

—Y tú también, Tom-Jim-Jack.

—¿Qué significa ese traje de lord que llevas?

(1) Tres pequeños cerdos entre el estiércol juraban como dos conductores de silla de manos.—(N. del T.)

—¿Y qué significa ese traje de oficial de marina que usas?

—No respondo á las preguntas, Gwynplaine.

—Ni yo, Tom-Jim-Jack.

—Yo no me llamo Tom-Jim-Jack.

—Tampoco yo me llamo ya Gwynplaine.

—Yo estoy en mi casa.

—El que está en su casa soy yo.

—Te prohíbo que me hagas el eco. Si usas la ironía, yo usaré de mi bastón. Mide tus palabras, miserable!

Gwynplaine palideció.

—El miserable eres tú, y me darás satisfacción de ese insulto.

—En tu barracon, cuando quieras y á puñetazos.

—Aquí y á estocadas.

—Amigo Gwynplaine, la espada solo es arma de gentiles-hombres y yo solo me bato con mis iguales. Somos iguales ante los puños, pero desiguales ante la espada. En la posada Tadcaster, Tom-Jim-Jack puede boxar con Gwynplaine, pero en Windsor es diferente. Es necesario que sepas que soy contralmirante.

—Pues es menester que no ignores que soy par de Inglaterra.

El contralmirante lanzó extrepitosa carcajada.

—Y por qué no rey? dijo. Verdaderamente tienes razón, porque un histrion desempeña todos los papeles. Dime si te place que eres Teseo, duque de Atenas.

—Soy par de Inglaterra y nos batiremos.

—Gwynplaine, tu farsa es ya pesada. No te burlés de quien puede hacer que te azoten. Me llamo lord David Dirry-Moir.

—Y yo me llamo lord Fernando Clancharlie.

Lord David prorumpió en otra carcajada.

—Está bien discurrido que Gwynplaine sea lord Clancharlie, porque es preciso ese título para poseer á Josiana. Escucha y te perdono. Sabes por qué? Porque somos los dos sus amantes.

El portier de la galería se corrió y se oyó una voz que dijo:

—Caballeros, sois sus dos maridos.

Al oír esto los dos aludidos volvieron la cabeza.

—Barkilphedro! exclamó lord David.

Barkilphedro era efectivamente, y saludó sonriendo y profundamente á los dos lores.

Detrás de él, á alguna distancia, se veía á un gentil-hombre, de fisonomía respetuosa y severa, que en la mano una varilla negra. A zó dicho gentil-hombre, hizo tres reverencias á Gwynplaine y le dijo: —Milord, soy el ujier de la vara negra y vengo á buscar á vuestra señoría, cumpliendo las órdenes de su majestad.

LIBRO OCTAVO.

El Capitolio y su vecindad.

I.

Disecion de las cosas majestuosas.

La temible ascension, que hacia ya muchas horas que cambiaba los deslumbramientos de Gwynplaine y que le llevó á Windsor, le volvió á transportar á Lóndres. Las realidades mágicas se desarrollaban ante él sin solución de continuidad; no podia sustraerse á ellas: cuando una desaparecia, aparecia otra, sin dejarle respirar.

La suerte es un juglar: sus proyectiles, que caen, suben y vuelven á caer, son los hombres en las manos del destino: proyectiles y juguetes á la par.

La tarde de aquel mismo dia Gwynplaine se encontraba en un sitio extraordinario. Estaba sentado en un banco flordelisado. Llevaba, sobre su traje de seda, una especie de toga de terciopelo escarlata forrada de tafetan blanco, roquete de armiño, y en los hombros dos tiras de armiño bordadas de oro.

Habia á su alrededor hombres de todas las edades, jóvenes y viejos, sentados como él en asientos flordelisados, y como él vestidos de armiño y de púrpura. Delante de él habia otros hombres arrodillados y vestidos con trajes de seda negra; algunos de estos escribian.

Enfrente de donde estaba Gwynplaine, pero á alguna distancia, veía un graderío, un estrado y un dosel; un ancho escudo brillante, en el que campeaban un leon y un unicornio, y en lo alto de las gradas, en el estrado y bajo el dosel, pegado al escudo, un sillón dorado, que remataba en una corona: era el trono, el trono de la Gran-Bretaña.

Gwynplaine estaba sentado, como par, en la Cámara de los Pares de Ingla-

ahora cómo se verificó su
las demencias
adormecido el saltimbanqui fué toda la
lectada, desde la madrugada hasta el
anochecer, desde Windsor hasta Lón-
dres, desde Corleone-lodge hasta West-
minster-Hall, un continuo ascenso, de
escalón en escalón, y cada escalón le
producía nuevo aturdimiento.

De Windsor vino en los carruajes de
la reina y con la escolta que correspon-
de á los pares. La guardia que honra es
muy semejante á la que custodia.

Dicho día los habitantes del camino
de Windsor á Londres vieron galopar
en él una cabalgata de gentiles-hom-
bres, pensionarios de su majestad, que
acompañaban dos sillas con gran séqui-
to y caminaban en posta real. En la
primera iba el ujier de la vara negra y
en la segunda se veía un sombrerote
con plumas blancas, que tapaba la ca-
beza del que lo usaba. Quién era? ¿Un
príncipe ó un prisionero? Era Gwyn-
plaine.

Podía ser un hombre conducido á la
Torre de Londres ó un hombre llevado á
la Cámara de los Pares.

La reina estuvo oportuna: como se
trataba del futuro marido de su herma-
na, le prestó la escolta de su propio ser-
vicio.

El oficial del ujier de la vara negra
montaba á caballo, al frente del acom-
pañamiento; el ujier llevaba en el ban-
quillo de la silla de posta un almohadon
de tela de plata: sobre él descansaba una
cartera negra, timbrada con la corona
real.

En Brentford, último sitio de parada
antes de llegar á Londres, se pararon las
dos sillas y la escolta.

Allí les esperaba una carroza de con-
cha, á la que enganchaban cuatro caba-
llos, y que llevaba cuatro lacayos de-
trás, dos postillones delante y un cochero
con peluca. Ruedas, estribera y todos
los adornos de la carroza eran dorados.
Los jaeces de los caballos eran de plata.
Este coche de gala hubiera podido alter-
nar magníficamente con las cincuenta y
una carrozas cuyo diseño nos ha dejado
Roubo.

El ujier de la vara negra se apeó, lo
mismo que su oficial; éste tomó del ban-
quillo de la silla de postas el almohadon
de plata coronado, sosteniéndole con las
dos manos y colocándose de pie detrás
del ujier.

El ujier abrió la portezuela de la car-
roza vacía, y despues la de la silla de

posta que ocupaba Gwynplaine, é incli-
nando la vista al suelo, invitó á éste á
que subiese á la carroza; así lo verificó
Gwynplaine. El ujier, con la vara en la
mano, y el oficial, llevando el almoha-
don, entraron en la carroza, detrás del
saltimbanqui, y ocuparon el banquillo
bajo, que se destinaba para los pajes en
los antiguos coches de etiqueta.

El forro de la carroza era de satin
blanco guarnecido de encajes de Binche,
con bellotas de oro; el techo era blaso-
nado.

Los postillones de las sillas vestían
las casacas doradas de la servidumbre
real; el cochero, los postillones y los la-
cayos de la carroza llevaban diferentes,
pero magníficas, libreas.

Gwynplaine, al través del sonambu-
lismo en que estaba sumido, notó el
fausto de esos servidores y preguntó al
ujier de la vara negra:

—De quién es esa librea?

—La vuestra, milord, le respondió el
ujier.

La Cámara de los Lores debía reunirse
aquella noche. *Curia erat serena*, como
dicen los antiguos procesos verbales. En
Inglaterra la vida parlamentaria es una
vida nocturna. Sabido es que una vez
aconteció á Sheridan empezar un dis-
curso á media noche y terminarlo al sa-
lir el sol.

Las dos sillas de posta regresaron va-
cías á Windsor y la carroza que condu-
cía á Gwynplaine se dirigió á Londres;
ésta, á pesar de sus cuatro caballos, andó
al paso desde Brentford á la capital de
la Gran-Bretaña, porque la dignidad de
la peluca del cochero así lo exigía. De
este modo el ceremonial se iba apode-
rando de Gwynplaine; el retardo en lle-
gar era calculado, segun todas las apa-
riencias: más tarde veremos el motivo
probable.

Era ya casi al anochecer cuando la
carroza de concha paró ante la King's
Gate, pesada puerta baja entre las dos
torrecillas que se comunicaban White-
Hall con Westminster.

La cabalgata de gentiles-hombres pen-
sionarios se agrupó alrededor de la car-
roza; uno de los lacayos de detrás saltó
á tierra y abrió la portezuela. El ujier
de la vara negra, seguido del oficial que
llevaba el almohadon, bajó de la carroza
y dijo á Gwynplaine:

—Milord, dignaos bajar. Vuestra se-
ñoría debe permanecer cubierto.—Gwyn-
plaine llevaba aun, debajo de la capa
de viaje, el traje de seda, que no había

abandonado desde el día anterior, pero
no traía espada. Dejó la capa en la
carroza.

Debajo de la bóveda de las cocheras
de la King's Gate había una pequeña
puerta lateral levantada sobre algunos
escalones.

El respeto debe preceder á los actos
de aparato.

El ujier de la vara negra iba delan-
te, llevando detrás á su oficial; Gwyn-
plaine les seguía. Subieron los escalones
y entraron por la puerta lateral. Instan-
tes despues se encontraron en una cáma-
ra redonda y ancha, que tenía en el
centro un pilar, alumbrada por ojivas es-
trechas como lancetas de ábside, y que
debía ser oscura hasta en las horas de
sol. La escasez de luz contribuye mu-
chas veces á la solemnidad. Lo oscuro es
majestuoso.

Había en dicha cámara trece hombres
en pié: tres delante, seis en segunda fila
y cuatro detrás. Uno de los tres primeros
vestía cota de terciopelo encarnado; los
otros dos la llevaban del mismo color,
pero no de terciopelo, sino de satin. Los
tres ostentaban en la espalda las armas
de Inglaterra, bordadas. Los seis de la
segunda fila usaban dalmáticas de moi-
ré blanco, y cada uno de ellos ostentaba
en el pecho blason diferente. Los cuatro
últimos vestían de moiré negro, pero se
diferenciaban unos de otros; el primero
por su capa azul; el segundo por un
San Jorge de escarlata que llevaba bor-
dado sobre el estómago; el tercero por
las dos cruces carmesíes, bordadas tam-
bien, una en el pecho y otra en la espal-
da, y el cuarto por su alzacuello de forro
negro. Gastaban peluca, iban descubier-
tos y sin espada.

En aquella penumbra apenas se les
veía la cara y ellos tampoco podían ver
la de Gwynplaine.

El ujier de la vara negra levantóla
y dijo:

—Milord Fernando Clancharlie, baron
Clancharlie y Hunkerville, yo, ujier de
la vara negra, primer oficial de la cá-
mara de presencia, remito á vuestra se-
ñoría á Jarretiera, rey de armas de In-
glaterra.

El personaje de la cota de terciopelo,
dejando á los otros detrás, se adelantó,
y saludando hasta el suelo á Gwynplai-
ne, dijo:

—Milord Fernando Clancharlie, yo
soy la Jarretiera, primer rey de armas
de Inglaterra; soy el oficial creado y co-
ronado por su gracia el duque de Nor-

folk, conde-mariscal hereditario, de
obediencia al rey, á los pares y á los
balleros de la órden. El día de mi naci-
miento, en que el conde-mariscal de
Inglaterra me vertió un vaso de vino en
la cabeza, prometí solemnemente servir
á la nobleza, huir de la compañía de su-
getos de mala reputacion, escusar antes
que vituperar á las gentes de calidad y
socorrer á las viudas y á las vírgenes. Soy
el encargado de disponer las ceremonias
del entierro de los pares, y cuido y vigilo
sus escudos de armas. Desde hoy me
pongo á las órdenes de vuestra señoría.

Uno de los dos hombres que lleva-
ban cota de satin hizo una reverencia y
dijo:

—Milord, yo soy Clarence, segundo
rey de armas de Inglaterra. Soy el oficial
encargado de disponer el entierro de los
nobles que no son pares. Me pongo á las
órdenes de vuestra señoría.

El otro hombre, de cota de satin, sa-
ludó y dijo á su vez:

—Milord, yo soy Norroy, tercer rey de
armas de Inglaterra. Me pongo á las
órdenes de vuestra señoría.

Los seis hombres de la segunda fila,
inmóviles y sin saludar, avanzaron un
paso. El primero, que estaba á la dere-
cha de Gwynplaine, dijo:

—Milord, somos los seis duques de ar-
mas de Inglaterra. Yo soy York.

En seguida, cada uno de los heraldos
ó duques de armas tomó la palabra por
turno y dijo lo que representaba:

—Yo soy Lancastre.

—Yo soy Richmond.

—Yo soy Chester.

—Yo soy Somerset.

—Yo soy Windsor.

Los blasones que ostentaban en el pe-
cho eran los de los condados y de las ciu-
dades cuyos nombres llevaban.

Los cuatro hombres vestidos de ne-
gro, que estaban detrás de los heraldos,
guardaban silencio.

El rey de armas Jarretiera, señalán-
doles con el dedo á Gwynplaine, dijo:

—Milord, hé aquí los cuatro preten-
dientes á heraldos de armas.

—Capa azul; el hombre de la capa sa-
ludó.

—Dragon-rojo; el que llevaba el San
Jorge bordado saludó.

—Cruz-roja; saludó el hombre de las
cruces de escarlata.

—Porta-bastidor; saludó el hombre del
alzacuello negro.

A una señal del rey de armas avanzó
Capa-azul, el primero de los pretendien-

las demenciae manos del oficial el al-
adormido torrado de plata.
El rey de armas dijo al ujier de la
vara negra:

—Así sea. Doy á vuestro honor recep-
cion de su señoría.

Estas prácticas de etiqueta, y otras
que vendrán despues, están tomadas del
antiguo ceremonial anterior á Enri-
que VIII, que Ana probó en su época á
hacer revivir. Pero hoy ya no se obser-
van. Sin embargo, la Cámara de los Lo-
res se cree inmutable; si lo inmemorial
existe en alguna, en ella existe, pero á
pesar de eso cambia, *E per si muove*.

La inmovilidad solo existe en la apa-
riencia; en realidad cambia. Las aris-
tocracias se enorgullecen de lo que las
mujeres creen que las humilla, de en-
vejecer, pero mujeres y aristocracias se
hacen la ilusion de que se conservan.

Probablemente la Cámara de los Lores
no se reconocerá en lo que acabamos de
describir ni en lo que describiremos.

El rey de armas se dirigió á Gwyn-
plaine, diciéndole:

—Dignaos seguirme, milord: añadien-
do despues:

—Os saludarán; vuestra señoría debe
contestar levantando nada más el ala
del sombrero.

Dirigiéronse hácia la puerta que habia
en el fondo de la sala redonda. El ujier
de la vara negra abria la marcha, se-
guia Capa-azul llevando el almohadon,
despues el rey de armas, y detrás de
éste Gwynplaine, cubierto.

Los demás reyes de armas, heraldos y
pretendientes se quedaron en la sala re-
donda.

Siguieron de sala en sala un itine-
rario imposible de saber hoy, que ya está
demolida la antigua morada del Parla-
mento de Inglaterra.

Atravesaron, entre otras cámaras, la
gótica, donde se verificó el encuentro su-
premo de Jacobo II con Monmouth, y
que presenció el haberse arrodillado in-
útilmente el sobrino cobarde ante el tío
feroz. Habia alineados en las paredes de
esta cámara, por orden de fechas, nueve
retratos de cuerpo entero de antiguos
pares, que contenian sus nombres y bla-
sones: Lord Nansladron, 1305. Lord Ba-
liol, 1306. Lord Benestede, 1314. Lord
Cantilupe, 1356. Lord Montbegon, 1357.
Lord Tibotot, 1372. Lord Zouch of Cod-
nor, 1615. Lord Bella-Agua, sin fecha, y
lord Harren and Lurrey, conde de Blois,
sin fecha tambien.

Era ya de noche y brillaban lámparas

de trecho en trecho en las galerías; ara-
ñas de cobre con cirios estaban encendi-
das en las salas, y no encontraban más
que á las personas indispensables.

En una de las cámaras que atravesó
el cortejo estaban de pié, inclinando res-
petuosamente la cabeza, los cuatro abo-
gados del Registro y el de los documen-
tos del Estado. En otra estancia vieron
al honorable Felipe Sydenham, señor de
Brympton, que el rey hizo caballero en
la guerra.

En otra de las cámaras encontraron
al baronnet más antiguo de Inglaterra,
sir Edmundo Bacon de Suffolk, heredero
de sir Nicolás, llamado *primus barone-
torum Angiæ*. Detrás de sir Edmundo,
uno de sus arcabuceros llevaba su arca-
buz y uno de sus escuderos el escudo de
armas de Ulster, porque esos baronnets
eran los defensores natos del condado
de Ulster en Irlanda.

En otra estaba el canciller de la juris-
dicion de la Hacienda, acompañado de
los cuatro oficiales que dirigian la con-
tabilidad y de los dos diputados del lord-
chambelan, encargados de hacer pagar
los tributos á los pecheros. Además el
jefe de la moneda, ostentando en la
mano abierta una libra esterlina.

Estos ocho personajes hicieron su re-
verencia al nuevo lord.

A la entrada del corredor que comu-
nicaba la Cámara baja con la Cámara
alta, fué saludado Gwynplaine por sir
Thomas Mansell de Margam, registra-
dor del Palacio real y miembro del Par-
lamento, y á la salida de dicho corre-
dor recibió tambien el saludo de una
comision de barones de las Cinco-Puer-
tas, alineados á su derecha y á su iz-
quierda.

El rey de armas, al ver que Gwyn-
plaine iba á contestarles al saludo, le
recordó en voz baja el ceremonial.

—Con el ala del sombrero, milord.

El saltimbanqui hizo lo que el rey de
armas le indicó.

Llegó á la cámara pintada, en la que
de pintura solo habia algunos santos,
entre otros San Eduardo, debajo de las
curvas de las largas ventanas ojivas, di-
vididas en dos por el piso, de las que
Westminster-Hall tenia la parte baja y
la cámara pintada la alta.

A la parte de acá de la barrera de
madera, que atravesaba de parte á par-
te la cámara pintada, estaban derechos
los tres secretarios de Estado, que eran
personajes muy importantes. Las atri-
buciones del primero de ellos se exten-

dian al Sur de Inglaterra, á Irlanda y
á las colonias, á Francia, á Suiza, á Ita-
lia, á España, á Portugal y á Turquía.
El segundo dirigia el Norte de Ingla-
terra, y vigilaba los Países-Bajos, la
Alemania, la Dinamarca, la Suecia, la
Polonia y la Moscovia. El tercero, que
era escocés, la Escocia. Los dos primeros
eran ingleses; uno era el honorable Ro-
berto Harley, miembro del Parlamen-
to. Saludaron silenciosamente á Gwyn-
plaine.

La guarda-barrera levantó el brazo
de madera sobre su charnela, que daba
paso, por la parte de detrás de la cámara
pintada, á la cámara que contenia la
larga mesa con tapete verde, reservada
para los lores. Sobre esta mesa brillaba
un candelabro de varias luces. Gwyn-
plaine, precedido del ujier de la vara
negra, de Capa-azul y de Jarretiera,
penetró en este departamento privile-
giado.

La guarda-barrera cerró el paso en
cuanto entró Gwynplaine.

Se distinguian en el fondo, de pié, de-
bajo del escudo real, que estaba colo-
cado entre dos ventanas, dos ancianos
vestidos con togas de terciopelo rojo,
llevando en los hombros dos listones de
armiño galoneados de oro y encima de
las pelucas sombreros con plumas blan-
cas. Por los intersticios de la toga se veian
sus trajes de seda y el puño de sus espa-
das. Detrás de ellos, un hombre, inmóvil,
vestido de moiré negro, llevaba al hom-
bro una maza de oro que remataba en
un leon coronado. Era el macero de los
pares de Inglaterra. El leon es su insig-
nia.

El rey de armas señaló á Gwynplai-
ne los dos personajes vestidos de terciopelo
rojo y le dijo al oido:

—Milord, esos son vuestros iguales.
Les saludareis como os saluden. Esas
dos señorías aquí presentes son dos ba-
rones, y son los padrinos que os ha desig-
nado el lord-canciller. Son muy viejos
y casi ciegos, son los encargados de in-
troduciros en la Cámara de los Lores.
El primero es Carlos Mildmay, lord
Fitzwalter, sexto señor del Banco de los
barones, y el segundo es Augusto Arun-
del, lord Arundel de Trevice, trigésimo-
octavo señor del Banco de los barones.

El rey de armas, dando un paso hácia
los dos ancianos, levantó la voz y dijo:

—Fernando Clancharlie, baron Clanchar-
charlie, baron Hunkerville, marqués de
Corleone en Sicilia, saluda á sus seño-
rías.

Los dos lores saludaron quitando ^{de}
sombbrero y volviéndoselo á poner. Gwyn-
plaine les saludó del mismo modo.

El ujier de la vara negra avanzó,
despues Capa-azul y detrás Jarretiera.
El macero se colocó delante de Gwyn-
plaine, los dos lores á sus lados, lord
Fitzwalter á su derecha y lord Arundel
á su izquierda.

Dicho cortejo, con el orden enumera-
do, salió de la cámara y entró en una
galería llena de pilastras, en la que al-
ternaban en hacer centinela, de pilastra á
pilastra, parteros de Inglaterra y ala-
barderos de Escocia.

Los alabarderos escoceses formaban
el magnífico cuerpo que llevaba las pier-
nas desnudas, y que fué digno de afron-
tar más tarde en Fontenoy á la caballería
francesa y á los coraceros del rey, de los
que su coronel decia: *Señores, aseguraos
bien los sombreros, que vamos á tener el ho-
nor de entrar á la carga.*

El capitán de los parteros y el de
los alabarderos saludaron con la espa-
da á Gwynplaine y á sus padrinos. Los
soldados les saludaron tambien, unos
con las parteros y otros con las ala-
baldas.

En el fondo de la galería resplandecia
una puerta enorme, tan magnífica que
parecia que las dos hojas fuesen dos lá-
minas de oro. Dos hombres estaban in-
móviles á los dos lados de la puerta.

Un poco antes de llegar á ésta, la
galería se ensanchaba y presentaba un
punto redondo acristalado: en dicho
punto estaba sentado, en un sillón de
respaldo desmesurado, un personaje au-
gusto por su ancha toga y por su inmen-
sa peluca; era William Cowper, lord-can-
ciller de Inglaterra.

Es poseer una buena cualidad tener
en mayor grado el mismo defecto que el
rey. William Cowper era míope. Ana
tambien, pero menos que William; esta
falta de vista fué grata á la miopia de
su majestad, y por eso acaso le escogió
para canciller y guarda de la conciencia
real.

Alumbraba el punto-redondo y acris-
talado una lámpara que pendia del te-
cho.

El lord-canciller, sentado con grave-
dad en su alto sillón, tenia á su derecha
una mesa, á la que se sentaba el aboga-
do de la Corona, y otra mesa á la izquier-
da, á la que se sentaba el abogado del
Parlamento; los dos abogados tenian
ante sí un registro abierto y un escri-
torio.

718 El sillón del lord-canciller es-
pió su macero, sosteniendo en el
las dambro la maza coronada, y detrás de
este el porta-cola y el porta-bolsa, con
pelucones. Dichos cargos existen toda-
vía. Encima de una credencia (1), cerca
del sillón, descansaba una espada con
puño de oro, con vaina y cinturón de
terciopelo de color de fuego.

Detrás del abogado de la Corona se
mantenia derecho otro oficial, sostenien-
do desplegada una toga, que era la del
coronamiento. Detrás del abogado del
Parlamento, otro oficial desplegaba
también otra toga, la del Parlamento;
estas dos togas eran de terciopelo car-
mesí, forradas de tafetan blanco, con tiras
de armiño galoneadas de oro en los
hombros.

Un tercer oficial, *le librarian* (2), tenia
sobre una almohadilla de cuero de Flan-
des el *red-book*, que era un libro pequeño
encuadernado de piel roja, y que conten-
nia la lista de los pares y de los comu-
nes, muchas páginas en blanco y un
lápiz, que era costumbre entregar á cada
nuevo miembro que entraba en el Parla-
mento.

La marcha procesional, que cerraba
Gwynplaine entre los dos pares, sus pa-
drinos, se paró ante el sillón del lord-
canciller; los dos lores se quitaron los
sombreros y Gwynplaine los imitó.

El rey de armas recibió de las manos
de Capa-azul el almohadon forrado de
plata, se arrodilló y presentó la cartera
negra encima del almohadon al lord-
canciller; éste la tomó y se la entregó al
abogado del Parlamento, que acudió á
recibirla ceremoniosamente, y despues
volvió á sentarse. Dicho abogado abrió
la cartera y se puso en pié. La cartera
encerraba los dos mensajes de costum-
bre: la patente real dirigida á la Cámara
de los Lores y el requerimiento á sentarse
hecho al nuevo par.

El abogado leyó en voz alta los dos
mensajes, con lentitud respetuosa. El
requerimiento á sentarse intimado á lord
Fernando Clancharlie terminaba por
esta fórmula de costumbre:

“Os mandamos terminantemente, bajo
la fé del juramento de obediencia que
debeis prestarnos, que vayais á ocupar
personalmente vuestro puesto entre los
prelados y los pares, sentándoos en el
Parlamento de Westminster, para que
aconsejéis, según os dicten vuestro honor

(1) Especie de aparador.—(N. del T.)

(2) Bibliotecario.—(Id.)

y vuestra conciencia, en los asuntos del
reino y de la Iglesia.”

Cuando terminó la lectura de los dos
mensajes, el lord-canciller dijo en voz
alta:

—Así dice el acta dictada por la Co-
rona. Lord Fernando Clancharlie, ¿vues-
tra señoría renuncia á la transubstan-
ciación, á la adoración de los santos y á
la misa?

Gwynplaine se inclinó, como afir-
mando.

—El acta está, pues, publicada.

El abogado del Parlamento replicó:

—Su señoría ha prestado el testamen-
to religioso.

El lord-canciller añadió:

—Milord Fernando Clancharlie, po-
deis sentaros.

El rey de armas cogió la espada de
puño de oro y ciñó su cinturón al talle
de Gwynplaine. Oyó éste al mismo tiem-
po que por detrás le decían:

—Voy á revestir á vuestra señoría con
el traje del Parlamento.

El oficial que así le hablaba le puso
la toga y le ató al cuello la cinta negra
de un roquete de armiño, quedando
Gwynplaine vestido como los dos lores
que estaban á su derecha y á su iz-
quierda.

El *librarian* le presentó el *red-book* y
se lo introdujo en el bolsillo de la vesta.

El rey de armas le murmuró al oído:

—Al entrar, milord, saludad á la silla
real.

La silla real es el trono.

Entre tanto, los dos abogados escri-
bian, cada uno en su mesa: el uno en el
registro de la Corona y el otro en el re-
gistro del Parlamento; despues los dos
presentaron sus libros al lord-canciller
y éste los firmó.

Despues de firmar se levantó el lord-
canciller y dijo:

—Lord Fernando Clancharlie, baron
Clancharlie, baron Hunkerville, mar-
qués de Corleone en Italia: sed bien ve-
nido entre los pares y los lores espiritua-
les y temporales de la Gran-Bretaña.

Los dos padrinos de Gwynplaine le
tocaron en los hombros: él se volvió, y la
inmensa puerta dorada del fondo de la
galería se abrió de par en par. Era aque-
lla puerta la de la Cámara de los Pares
de Inglaterra.

No habian transcurrido aun treinta y
seis horas desde que Gwynplaine, acom-
pañado por otro séquito, vió abrirse ante
él la puerta de hierro de la cárcel de
Southwark. Tal fué la rapidez de las

nubes acumuladas sobre su cabeza, ó sea
de los acontecimientos que vertiginosa-
mente se desarrollaban en su vida.

II.

Imparcialidad.

La creación de una igualdad real, lla-
mada pairía, fué en las épocas bár-
baras una ficción útil. En Francia y en
Inglaterra este expediente político rudi-
mentario produjo resultados diferentes.
En Francia era el par un rey falso y en
Inglaterra fué un príncipe verdadero,
menos grande que en Francia, pero más
real.

La pairía nació en Francia, en época
incierta; en la de Carlo-Magno, según la
leyenda; en la de Roberto el Sábio, según
la historia; pero la historia está tan
poco segura de lo que dice como la le-
yenda. Fabin escribió: “El rey de Fran-
cia quiso atraerse á los grandes de sus
Estados dándoles el título magnífico de
pares é igualándolos á él.”

La pairía se bifurcó rápidamente y de
Francia pasó á Inglaterra. La pairía
inglesa fué un gran hecho y casi una
gran institución. Tomó los precedentes
del wittenagemot sajón. El thane di-
namarqués y el vavasseur normando se
fundieron en el baron. Baron es la pala-
bra latina *vir*, cuya traducción española
es *baron*, y que significa hombre por exce-
lencia. Desde 1075 los barones se hacen
temibles al rey, y á un rey como Gui-
llermo el Conquistador. En 1086 ponen
una base al feudalismo; esta base es el
Doomsday-book, “Libro del juicio final.”
En la época de Juan Sin Tierra sucede
un conflicto; la señoría francesa ataca
por todo lo alto á la Gran-Bretaña, y la
pairía de Francia manda comparecer á
la barra al rey de Inglaterra, lo que
escita la indignación de los barones in-
gleses. En la consagración de Felipe-
Augusto, el rey de Inglaterra llevaba,
como duque de Normandía, la primera
bandera cuadrada, y el duque de Guye-
na la segunda, y estalla la guerra de los
señores contra ese rey, vasallo del ex-
tranjero, y los barones imponen al mise-
rable rey Juan la Gran Carta, de la que
nace la Cámara de los Lores. El Papa
toma parte, abrazando la causa del rey,
y excomulga á los lores: en 1215, el
pontífice Inocencio III escribía el *Veni
Sancte Spiritus*, y enviaba á Juan Sin
Tierra las cuatro Virtudes cardinales,
bajo la forma de cuatro anillos de oro.

Los lores persistieron, y este largo du-
rá duró muchas generaciones. Pembroke
continuaba la lucha. El año 1248 fué el
año de las “Provisiones de Oxford.”
Veinticuatro barones limitan el poder
del rey, le discuten y le invitan á tomar
parte en la querrela, nombrando ellos
un caballero por cada condado, y esto
fué el alba de la Cámara de los Comu-
nes. Más tarde, los lores se asociaron
dos ciudadanos por cada ciudad y dos
aldeanos por cada aldea; y por eso, has-
ta el reinado de Elisabet, fueron los pa-
res los jueces de la validez de las elec-
ciones de los Comunes. En 1293 era
todavía justiciable ante el tribunal de
los pares de Francia el rey de Inglaterra,
y Felipe el Hermoso citó á Eduardo I.
Eduardo I fué aquel rey que mandó á
su hijo que despues de muerto hiciera
hervir su cadáver y llevase sus huesos á
la guerra.

En vista de las locuras reales, los lo-
res ven la necesidad de fortificar el Par-
lamento, y lo dividen en dos Cámaras, la
Alta y la Baja. Los lores conservan arro-
gantemente la supremacía. “Si alguno
de los comunes fuese tan atrevido que
vituperase á la Cámara de los Lores,
debe citársele á la barra para que ob-
tenga su corrección, y en algunos casos
debe encerrársele en la Torre de Lón-
dres.” (1) Se distinguían las dos Cáma-
ras hasta en el modo de votar: en la
Cámara de los Lores votan uno á uno,
empezando por el último baron, al que
llaman “el nacido despues.” Al llamar
á cada par, responde *content* ó *non con-
tent*. En la Cámara de los Comunes vo-
tan juntos y mezclados, diciendo *si* ó
no. Los comunes acusan; los pares juz-
gan. Los pares, que desdeñan las cuen-
tas, delegan á los comunes la vigilancia
de la Hacienda pública. Desde el fin del
siglo trece data el registro anual, lla-
mado *Year-book*. En la guerra de las dos
Rosas se siente el peso de los lores, ya
cuando se inclinan á John de Gaunt,
duque de Lancastre, ya cuando se
inclinan á Edmundo, duque de York.
Wat-Tyler, los Lollards, Warwick, que
imponían reyes, y aquella inmensa
anarquía, de la que han de brotar las
franquicias, tenían por punto de apo-
yo, público ó secreto, el feudalismo in-
glés. Los lores celaban con utilidad al
trono; estar celosos es vigilar; circuns-
cribían la iniciativa real, restringían los
casos de alta traición, suscitaban falsos

(1) Chamberlayne, *Estado presente de Inglaterra*,
Tomo II, segunda parte.—1688.